

# **EL VALOR DE LA HERIDA**

**Manuel Sosa Alonso**

# **EL VALOR DE LA HERIDA**

{COLECCIÓN SÍSTOLE}

  
**ESDRÚJULA**  
EDICIONES

Primera edición, noviembre 2021

© Manuel Sosa Alonso, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de Ana Pérez Gallego

Diseño de cubierta: Sabela Valín

Maquetación: Domingo Pérez Jiménez

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1530-2021

ISBN : 978-84-124605-1-3

Impreso en España · Printed in Spain

*Para María, Aurora y Miguel*

# CAPÍTULO 1: DICIEMBRE DE 1939

Haberse criado juntos en la biblioteca no era razón para evitar matarse. Tampoco que Ramón María hubiera enseñado a Lázaro a unir letras con sus labios y dar forma a los sonidos que, como un hijo de simples hombres, luchaba desde niño por simbolizar.

—Tienes que ser el primer bracero de Los Cuarterones que sepa leer y escribir —le había dicho Ramón María apartándole el índice de los versículos apretados del Evangelio—. Haz que tu respiración, querido Lázaro, vuele sola, ¿me entiendes?

—Sí, señorito.

—No las hagas sílabas que se suman, ten en cuenta que las palabras son lo que escucha quien te escucha.

—Yo me escucho bien.

—¡Tú eres un necio! Mi padre dice que el listo es tu hermano el pastor. ¿Y sabes por qué?

—¿Porque no sé leer?

—Porque no sabes escuchar. No sabes aún el poder de las palabras sobre los demás.

—Sí lo sé. Ya he aprendido a callar al búho y la tórtola, y a poner los oídos en este palacio. —Bajo la mesa ocultó Lázaro sus manos de labriego refiriendo a Ramón María que su hermana, la señorita Josefina, buscaba marchar y no le valían Mérida o Sevilla, tenía que ser lejos, a Madrid, a la universidad, y que, con un mar de lágrimas, don Valentín había hecho caso a la Fausta y firmado para que Josefina pudiera viajar.

—Eso es espiar, no saber.

—Señorito, a veces es lo mismo.

—No lo que yo te enseñe. —Y acariciando las Escrituras, el joven terrateniente añadió que él solo le enseñaría la verdad.

—Siga haciéndolo, Ramón María, siga haciéndolo; mi padre si el señorito hace por que subas a la biblioteca, algún día serás como él, Lázaro, y a lo mejor entenderás el latín o el arreglo de los señores.

—Dile al loco de tu padre que no puedes ser como yo.

El bracero, con los mismos trece años que su preceptor educado en el Seminario Menor de Sevilla, mantuvo su vista sobre el Evangelio, mientras escuchaba que él había nacido en el poblado y el señorito en el palacete, que nada era de su pertenencia, ni siquiera la cama donde dormía con sus dos hermanos, y que todo lo de alrededor, cada fuente, cada brizna de hierba se debía a ellos, al apellido Alburquerque. El seminarista carraspeó aclarando su voz aún infantil y concluyó que se lo dijera al estúpido de su padre para que nunca más se volviera a sentir como sus amos. Nunca.

—Lo que él más quiere es darle las gracias por educarme usted mismo.

—Lázaro, no refieras embustes, estamos leyendo la palabra de Dios.

—No soy embustero, ¿no ve que soy pobre?

—Demasiado bien te sabes esa mentira. —Ramón María dejó escapar una sonrisa—. Dice Proverbios que al necio no convienen las palabras elocuentes, mucho menos al príncipe los labios mentirosos.

—No le entiendo, señorito.

—Da igual, Lázaro, da igual. —Y volviendo a la Biblia, le ordenó que al menos lo intentara con lo que sí se aprende—. Sigue las líneas sin usar el dedo y hazlo más despacio, cogiendo bien el aire y sin pararte. Conmigo: «Dejad ya vuestro miedo...»

Sujetándose las manos en la espalda, el casi imberbe de Lázaro prosiguió con el Evangelio de Marcos musitando «buscaís a Jesús, el Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí, que es el lugar donde lo pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que Él irá antes que vosotros a Galilea, allí lo veréis, según él mismo os dijo.»

El éxito de terminar cada frase y el sosiego logrado en las comas le sugerían una sonrisa que buscaba a su joven mentor asintiéndole en cada enganchón con las palabras. Finalizado el capítulo, el bracero se secó las palmas sudadas en el pantalón y le dijo que todo el pueblo y la difunta doña Rosa tenían razón. El señorito era en realidad un santo, y es que eso de leer parecía un milagro.

—Ser sabio no es ser santo —le respondió.

—¿Y las heridas? —Lázaro señaló con dedo tembloroso las que el seminarista tenía en el centro de cada mano—. ¿Acaso no lo son? Para mi madre que usted sufre como el Nazareno y sus clavos.

—No para los obispos. —Ramón María miró sus tierras por la ventana—. Ya no dejaré que mi padre me paseé por más diócesis y palacios, no soy un animal.

—¿Es que no quiere ser santo?

—Solo sacerdote del Señor.

—Eso no es lo que mi madre leyó en las estrellas de su parto.

—¡Te he dicho que no! —El joven amo elevó la voz y cerró las Escrituras. Pasó a observarse la piel barrenada murmurando por qué Dios le hacía esas úlceras si él no era digno de sufrir como su hijo—. Haz llamar a tu madre y que me traiga la cataplasma de hierbas, mañana me llevan otra vez a Sevilla.

—Como el señorito mande, ¿pero podemos seguir leyendo otra miaja?

—No te olvides.

—¿Y si probamos con otro libro?

—Lázaro, querido amigo, no hay en el mundo más libros.

Este contemplaba los cientos formando un arcoíris sobre los anaqueles, sin entender que hoy lo había hecho muy bien, que así era, pero debían seguir con ese que le regaló en la Pascua porque los simples como Lázaro y los seminaristas como él tenían que leer solo la Biblia, solamente eso. Asintió el descamisado y retiró la mirada de los sensuales volúmenes de la biblioteca Alburquerque, donde era el único invitado junto



a Guadalupe, su madre y curandera que sí era analfabeta. Analfabeto su padre, analfabetos Ernesto su hermano mayor y Leonor su hermana pequeña. ¡Qué palabra más fea!, sobre todo para quienes la llevan encima y no saben leerla. Dio de nuevo las gracias, señorito, por lo bueno que es conmigo y porque si ya no podemos jugar estos años, al menos leemos. No respondió Ramón María a aquel recuerdo de las ranas cogidas en la acequia y las carreras detrás del aro que Fausta, su institutriz, vetaba porque el niño tenía que ser santo, orar y estar con tu hermano Valentín o ayudar a tu padre con las rentas; pero nunca con el hijo de un jornalero, ¿me entiendes?, y menos si es de la Guadalupe. Este, mientras tanto, admiraba el retazo de sangre de sus estigmas impregnando la mesa, mas no pudo abstenerse de preguntar si, cuando volviera otra vez de Sevilla, le iba a seguir enseñando las letras.

—Ya te lo he dicho: mi padre quiere que tú seas su primer bracero que las sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque cuando pueda yo solo, usted no podrá controlar lo que lea.

Lázaro tenía razón porque años y lecturas después, una sogá, que habría uncido bueyes, subido y bajado al pozo mil veces o apilado leña, le adormecía y quemaba su desnudez inmovilizada a una silla de enea. El vello fuerte del pecho y las piernas era lo único que defendía su juventud, ya que los hematomas le deformaban el rostro y las secreciones ennegrecían brazos, muslos, orejas, y también el suelo bajo su presencia. Ese charco de sangre manchaba asimismo un pañuelo rojo y negro con las siglas de la Federación Anarquista Ibérica. Cuando la UGT se dio por vencida en la huelga agraria del 34,

la voz de Lázaro la había liderado leyendo los pasquines de la CNT desde los almiarés y prendiendo fuego a las cosechas que aguardaban la siega. Cuando la columna marroquí de Franco emprendió su avance hacia Extremadura, él prestó su pluma a cientos de iletrados escribiendo su nombre, origen y profesión en el reclutamiento que las milicias sindicalistas hicieron para defender Almendralejo, Mérida y Badajoz. Hoy, lejos de Los Cuarterones y de aquellas urbes rendidas, las manos del bracero no podrían formar ni una palabra, amordazadas como estaban por la cuerda y la tiritera.

Con el fusil y un conejo muerto, Ramón María volvió a entrar en la cabaña abandonada en Sierra Madrona donde se reclinaban; a su lado lo hizo el viento crepuscular. El hombre maniatado a la silla no se inmutó, no murmuró manteniéndose como una estoica pieza de imaginería con el cabello en el rostro. Aún más escuálido que este era el recién llegado. Bajo el capote deslucido de requeté y el rosario al cuello, su osamenta se dibujaba en la postura cargada de hombros. Dejó caer el animal y el arma que lo había matado, se sopló las manos y luego, una y otra vez, el hogar que irradiaba oscuridad a los sillares. En su guerrera se apreciaba la estrella de seis puntas que había lucido en los casi tres años de guerra como alférez provisional. Cuando las llamas se avivaron, apoyó dos leños sobre sus efímeras cuernas de macho cabrío y, una vez que estos hubieron prendido, dispuso el atizador entre ellos. El contacto de este objeto con la piedra de la chimenea alertó a Lázaro lo suficiente como para acercar la soga a sus ampollas e invitarlas de nuevo sangrar.

—Apiádese de mí —entre dientes murmuró.

—¡Calla!

—Por favor, Ramón Mari. —El dolor le dificultaba abrir la boca y pronunciar, pero a duras penas reafirmó la de veces que había leído esas cosas en su biblioteca, piedad era una palabra que él había aprendido de la Biblia y de su señor.

—¿Piedad? ¿Tú me hablas a mí de piedad?

Mas el lamento del anarquista prosiguió. Él hacía ya mucho se había rendido, todos sabían que desertó. Nunca después volvió a levantar una pistola, señorito, y otra vez más, ¿cuántas iban?, le pedía perdón. En el bigote se le acumulaba la saliva seca al exclamar de qué le valían su dolor y tantas torturas, que eso no le devolvería a su hermano, y por favor, por favor se lo rogaba, que no le curara más las heridas, no más; que lo dejara morir, que lo matara. Si ya Franco y todos hacía meses que desfilaron por Madrid, y nadie devolvía a los muertos... Que le creyera: nadie los devolvía, y por eso le dejara ser uno de ellos.

Como un espectro, el oficial carlista se movió haciendo tintelear su rosario. Sin éxito, Lázaro intentó girar en su silla y seguirlo hacia el hogar. El viento se colaba por las costuras de la cabaña y agitaba las llamas reflejadas en las pupilas del alférez nacional. Acucillado mientras desollaba el conejo, se apoderaba del calor que las encinas taladas desprendían. Ya sin el capote, Alburquerque también parecía una vieja escultura descolgada de algún altar y abandonada demasiado cerca del fuego.

—¡Máteme, Ramón María, máteme!

De nuevo no respondió a ese sollozo. Ayudado por el filo de un cuchillo, había acabado de sacar la piel del gazapo por la

cabeza y eviscerado sus entrañas. A Lázaro le dejó el hígado entre los labios, come, llevas días sin hacerlo, y el resto lo insertó en un palo para que lo asaran las llamas. Alimentado de aquella manera, el miliciano rompió a reír como un lunático; la sangre del conejo y la suya propia se le mezclaban en el bigote y los dientes al prorrumpir que don Valentín, sí, el padre del señorito, estaba del todo engañado. Parecía estar señalándolo cuando cuestionaba la poca razón del viejo duque al presumir que el hijo con su nombre era el favorito, y no por mayor, sino por fuerte entre los hermanos. ¿El más fuerte?, Lázaro lo ponía en duda mientras hacía por reírse entre espasmos.

—No te atrevas ni a nombrarlo. —Por primera vez el alférez se sobresaltó y dijo que su hermano Valentín era el mejor hombre que había conocido—. Y el más valiente.

—No hay hombres valientes.

—No se gana una guerra sin ellos.

—Sí, si están lo suficientemente asustados.

—¿Acaso ves que yo tenga miedo? —El requeté limpiaba el cuchillo ensangrentado.

—Por muchos de los míos que haya matado, usted tampoco es el hermano fuerte.

—Mi valor está en que sufras. La Cruzada acabó y por fin encontré tu escondrijo —suspiró—. Y así mi derecho a vengarme.

—Le he jurado mil veces que no maté a su padre. ¡Pregúntele a la Fausta!

—Porque juras, ateo, sé que mientes.

—Si ya le conté que estas manos pegaron dos tiros a Valentín, ¿qué más daría confesar que al señor también? Uno

en el pecho. Otro le reventó la quijada. Y fue la Virgen, la Virgen otra vez por boca de mi madre, la mismita que le hablaba a don Valentín y cuándo empezar la siembra. Me lo dijo la Santísima escapando de Badajoz: que matara a Valentín, que matara a Valentín, y así la Leonor y los míos no sufrirían más. No más su bota, Lázaro, no más su avaricia, el llevarse tu trigo y a tu hermana sin dar nada. Mátalo, mátalo y no habrá más Alburquerque. La Virgen no los quiere, la Virgen no quiere a esos embusteros, no quiere a esos que cuando les conviene están con ella, y cuando no, no. Rezan y no creen. Piden, pero no dan.

—Y vengaste a tu hermano, aunque sabías que fue solo un accidente.

—No. Obedecí a Nuestra Señora de Guadalupe, que habló otra vez por mi madre —dijo el miliciano y volvió a carcajear sosteniendo que para la Virgen Valentín, tan repeinado, tan tirador, tampoco era el hermano fuerte ahí cagado y suplicándole una y otra vez clemencia, ¡Lázaro, clemencia!, piensa en la de veces que comiste de esta casa, recuerda que Ramón María te enseñó a leer. Tiró Lázaro este de las cuerdas que lo unían a la silla afirmando que Valentín había juntado sus manos pretendiendo rezar, y que, por favor, iba a tener un hijo; ¿cómo iba a querer matar a tu hermano Ernesto, a mi secretario en tantas cacerías, si yo lo amaba, amaba esos momentos con él? Y el hombre apaleado y desnudo le gritó a Ramón María que lo creyera, que su hermano, el Valentín de punta en blanco que se llevaba de calle a las muchachas de media España, le había dicho que amaba a su hermanito Ernesto, el de la flauta en las romerías, si se lo podía creer.

Con trozos del hígado en los dientes, Lázaro claro que creía maricón a Valentín porque lloraba y lloraba, amo, tanto que le besó las botas; quien llamáis duque de Alburquerque le besó las botas a él, a un campesino, a un proletario molido a palos que iba a dormir en su cama. Y estalló en otra risa dolorosa y terca—. Pero aun de rodillas, le metí bien hondo esas dos balas. Por mi hermano Ernesto y por maricón, mi señorito, por maricón.

La madera de encina volvió a crujir en el fuego. El oficial legitimista apretaba la cruz del rosario que había colgado de su cuello bajo los obuses de Garabitas y los crespones del desfile de la Victoria. Los muros de piedra no se caldeaban, la noche ventosa se filtraba entre sus grietas. Desde su silla Lázaro proseguía delirando y preguntando al carlista si eran ciertas esas habladurías de los pueblos, si Ramón María ya no tenía cojones, y de no aguantar sin fornicar como un verdadero cura, él solito se los había rebanado. Castrado, Castrado, como todos le dicen. Si usted recordaba lo que era tocar despacito a una mujer, a su hermana Leonor misma, acariciarla tan blanca como es y que se le pusiera tiesa como una tabla, y repitió eso: tiesa, tiesa, como la bayoneta con la que había jurado matarlo.

Pero lo que el requeté cogió del hogar para golpearlo fue el cuerpo del conejo, y no una, sino varias veces hasta que carne y huesos se pulverizaron sobre él. La grasa hirviente le resbalaba por la espalda y el cuello. Casi poseído, el anarquista lo seguía tildando de curita castrado, y que no parara ahora, señorito, que cogiera ya el fusil y le pegara un tiro, que lo matara; él se lo pegó rápido a su hermano mayor. Con la

frente Lázaro señaló una repetición de aquel disparo y ¡bum! esa onomatopeya explotó en sus labios. Lo hice rápido, muy rápido, y Valentín no sufrió.

Al que llamaban Castrado se mantenía a su espalda. Respiraba fuerte. El vaivén de su pecho bajo la camisa parda destacaba las insignias de su cargo y su prolongado periplo junto al Heroico Tercio de El Alcázar. Con mano firme, detuvo el rosario con que Fausta, la institutriz de la familia, había llevado cuenta de las avemarías que los tres hermanos sin madre debían salmodiar. La nueva y enloquecida ensoñación de Lázaro Guadalupe refería la choza donde se crio, la pobreza, mucha, pero también dignidad, y una y mil veces el frío, los sabañones que a todos les salían porque no tenían leña como aquí; y es que ellos no podían tocar la madera de las encinas, señorito Ramón, ellos no, solo recoger del suelo las bellotas para los cerdos, pero nada más; los árboles, como todo, eran del señor. Este no le interrumpió, solo se aproximó al fuego cuando el ácrata volvió a divagar sobre su madre y las gentes de alrededor buscándola para quitarse un orzuelo o la sarna, y ella no les pedía una perra chica porque solo quería estar a bien con la Virgen, nada más. Con sus labios otra vez temblando, por mucho que se dijera, ella era buena; ni eran mentiras ni envidias lo que por su boca escupía, era el futuro que habría de pasar. Ella le dijo antes del incendio que Ramón María lo encontraría por muy lejos que se marchara, y tres años después lo había hecho en aquella cabaña. Lázaro no creía en nada y mucho menos en los curas, pero era la Virgen, la de Guadalupe, quien a través de su madrecita curaba, y no sabía si con magia, con misterio o con hierbas de

los pedregales; aunque lo hacía, sobre todo si eran hembras las enfermas. Desvió la mirada del alférez dirigiéndola a las úlceras de sus piernas y rememoró con su voz herida cuando la señora, la difunta doña Rosa, vino a la choza y él estaba allí, se acuerda que pelando habas en una esquina. Con ese broche, esos colores, esa forma tan dulce de hablar, le pareció una reina porque aún era solo un crío y los que pasaban por el camino hablaban de una reina en Madrid y los de la casa grande de otra que hubo en Estella. Lázaro nunca había salido de Los Cuarterones, ni siquiera de sus cercados, y él solo sabía de mieses, gavillas y toros, los malditos toros, aunque también sabía mucho de hambre. El cautivo ella olía tan bien... se llegó hasta madre y se sentó, una duquesa en la silla de una curandera; lloraba, y por eso fue la Guadalupe quien habló.

—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué ha vuelto aquí, señora?

—Me ayudaste tanto en aquella ocasión —recuerdo respondió la duquesa.

—¿Y qué conseguí yo por prenda? Nada de lo que prometió, solo malas miradas.

—Fuiste tú, Guadalupe. Te debo mis tres hijos: Josefina y Valentín, que nacieron juntos, y luego Ramón María cuando ya todos y yo misma me creían seca. No me puedes dejar sola ahora, te necesito.

—Cuando se acuerda de la Virgen es por interés, no por devoción.

—Tú y todos sabéis que estoy enferma.

—Hay médicos.



—Los hay; no me han curado. Tú sí puedes. Si me diste hijos cuando ya nadie confiaba, puedes curarme esto que me vuelve la sangre agua.

—Búsquese mejor a otra.

—Tú eres la única que tiene a la Virgen contigo. —Y me acuerdo, señorito, cómo le cogió a mi madre la mano.

—La Virgen está conmigo, pero no con quien yo quiera.

—¿Cuánto?

—Ya me prometió usted oro, otra casa... A la Virgen también le hizo promesas donde la Reliquia y nada de eso se me dio cuando los niños vinieron.

—Cúrame y levantaré a la Santísima otra iglesia.

—También nacieron los míos casi en los mismos años y son igual de siervos que su padre o que el mío.

—¡Te prometí la cama del señor y eso siempre lo has tenido!

—Para desgracias y que todos me llamen furcia.

—Para que me hagas daño y me agües la sangre, ¡quítame el mal que me has metido dentro!

—Créame, Ramón Mari, que su madre empezó a retorcer la mano de la mía. Yo quise protegerla y salí de la esquina para darle una voz o lo que fuera. Ella, la doña Rosa, tan solo me miró. ¿A que sus ojos eran verdes? Me dejó de piedra cuando preguntó qué iba a hacer, ella era la duquesa de Alburquerque y quién era yo.

—Él no es nadie —mi madre fue la que respondió.

—Y desde entonces me he pasado la vida buscando, queriendo ser eso: alguien.

—¿Por eso saqueaste nuestras tierras, para ser alguien?  
—le preguntó el alférez tomando el atizador de las llamas. El calor de la encina se había introducido en su acero llevándolo al rojo.

—Yo entonces creía en esa justicia.

—¿Justicia es asaltar y matar?

—Para mí lo era dar la tierra a quien la trabaja.

—Siempre estuviste, Lázaro, lleno de envidia.

—Como cualquiera nacido en Los Cuarterones: los que se dicen duques y no lo son, los que se echan sobre la mujer de otro, los que son curas y matan por la espalda.

Sin alterar su expresión, el Castrado tomó el atizador humeante y lo llevó hasta el cuerpo del reo. Su delirio se volvió corpóreo en el dolor y el llanto, en el forcejeo con las cuerdas intentando zafarse más que del hierro, de la propia piel que se le derretía, del alma donde se materializaba. Los alaridos podrían haberse escuchado en los alrededores de la cabaña, pero en aquel rincón desolado de Sierra Madrona no quedaban en el invierno hombres ni oídos, solo soledades.

Cuando al fin le retiró el atizador, la saliva se le deslizó por las comisuras, por el torso una respiración profunda. Miró al boina roja temiendo otro golpe. Miró al suelo también desnudo y otra vez mentó la envidia, entre silencios refirió ser alguien, porque qué es serlo, Ramón María, si usted sabía qué diantres era. Lázaro siempre había pensado que para ser alguien los braceros tenían que coger lo de los señores, y no solo lo había leído y aprendido, también escuchado a los ferroviarios catalanes o a su padre en la siega. Era lo que las cuadrillas decían según el capataz marchaba. Que él creía justicia tomar lo de

ustedes porque el trabajo era nuestro, duques de Alburquerque, las tierras, el grano, los candelabros de plata, y que en el 36 los camaradas lo querían todo, pero el sindicalista lo que más me gustaba era verme con poder y tener muchas, tantas almas obedeciendo por debajo de mí, igualito a su padre don Valentín. Aquel verano ellos creían en mí y yo en ellos, en los desarrapados con el pañuelo rojo y negro que la FAI regalaba, y en que la tierra, el ferrocarril, las fábricas, allá donde las hubiera, estarían mejor en las mismas manos que los trabajaban. Entre gestos de dolor se humedeció los labios y tomó aire: aunque en verdad la anarquía se equivoca en lo mismito que cualquier hombre, y se anticipó a la pregunta de Ramón María afirmando que ese error es la posesión, eso había hecho a sus camaradas de revolución igual de miserables que los burgueses: tener, almacenar, entre todos y para todos, pero poseer.

—¿Tú que infectaste Los Cuarterones con esas sandeces —lo abofeteó el requeté— cómo puedes tener remordimientos ahora?

—Yo creía en esas sandeces. —Y mirando el Corazón de Jesús bordado en la camisa de aquel, Lázaro inquirió si él podía decir lo mismo.

—Es el uniforme que mi padre o mi abuelo hubieran vestido: la defensa de la fe.

—Todo uniforme está confundido. Ahora sé que el mío también.

—¿Y para saberlo tuviste que matarlo?

—No fue matando a su hermano, fue con los toros de la finca.

—Que Dios misericordioso tenga piedad de ti.

—Por fin teníamos las tierras y entonces había que cumplir con los libros de Bakunin. Se lo dije a uno, a otro cuando la Fausta también salió huyendo y Los Cuarterones eran solo nuestros, que, camaradas, entre todos sembramos; camaradas, trabajemos; camaradas, como hermanos cosechemos que de ello es tiempo.

—Continuemos la guerra —chillaban muchos.

—Vayamos como Durruti a defender Madrid.

—Sigamos liberando más tierras para los campesinos —los de la FAI—. Ahora los señoritos nos tienen miedo.

—Ya tenemos cuanto hace falta para vivir —dije yo—. Hagamos nosotros la vendimia y por una vez quedémonos el vino.

—Pero ahora las armas son nuestras—unos.

—¡Sigamos la revolución! ¡Vengamos Badajoz! —otros, los que conmigo escaparon de allí.

—¡Colguemos a todos los caciques igual que al duque!

—Conseguí, Ramón María, que no, pero querían matar; lo veía en sus ojos. Tanta rabia de tantos años, y el 18 de Julio, y lo que vimos en Badajoz nos habían hecho asesinos. Creo que a mí también.

—Y de ti salió acribillar el ganado de mi padre.

—Sí.

—Tú sabías que era su orgullo, más que el título, más incluso que mi hermana antes de marchar a América.

—Les dije que solo uno, aquel descornado que rondaba los alcornoques, y que nos diéramos un festín porque estábamos aún vivos. Yo mismo cogí el revólver —Lázaro quiso mover sus brazos del respaldo— y cayó seco de un tiro.

El instantáneo golpe en las costillas invocó en él un acceso de tos, pero que apenas se comieron unas libras, el resto se perdió en aquel septiembre y querían más: uno, otro, como si al dispararlos hicieran justicia con los fascistas. Lázaro la dehesa fue poco a poco llenándose con los cadáveres y no parecían tener suficiente.

—Los matasteis a todos —dijo Ramón María.

—Y hubiéramos matado más, pero yo aprendí mi verdad, la que me trajo aquí.

—Cristo es el camino, la verdad y la vida, lo dice san Juan.

—De tanta sangre que había la hierba no se la podía traer. —Hizo una larga pausa—. Así supe cómo es el hombre.

—¿Y cómo es?

—¿Quiere, señorito, que un ateo se lo enseñe a un cura? —El miliciano escupió al suelo de arena—. El hombre nunca queda saciado.

—Solo vosotros: los envidiosos.

—Tampoco usted se queda saciado, al menos de mi dolor.

—Sigo esperando más de tus gritos.

—Yo maté a un hombre y me arrepiento, ¿a cuántos ha matado usted?

—A casi todos.

—¿Casi todos?

—A los que robaron y asesinaron a mi padre y mi hermano, a los que quemaban las iglesias donde ellos habían rezado.

—Esos éramos muchos.

—Seréis aún menos.

—¿Cuándo?

—Todavía no.

—Por favor.

—Antes debes volver al Dios que yo te enseñé.

—¿A Dios? ¿La imagen y semejanza de nosotros?

—¡Blasfemo! —Apretó las mandíbulas.

—Déjeme volver a la tierra.

—He dicho que todavía no.

—Que allí no hacen falta oro, mujeres o dioses. Aquí en estas peñas he tenido nada, he deseado nada. Mis noches fueron ver el hogar, y mis días, el cielo y sus pájaros; he aprendido a no necesitar más.

—¡Si estabas escondido como un perro, andrajoso y hambriento! Además, perdiste la guerra y todos los tuyos están muertos.

—Solo puedo darle las gracias.

—¿Las gracias? —Confuso, el alférez volvió a abrir de un golpe los labios de Lázaro.

—Gracias a usted y sus requetés por buscarme, por quitármelo todo, o todo lo que podía cargar o contar, todo menos la libertad.

—Estás amordazado de pies y manos.

—Pero he sido libre. —La sangre oscurecía sus dientes—. Me he bañado desnudo en el río, he labrado un huerto en una tierra sin amo; he vuelto a coger moras y robar huevos.

—¡Estupideces! ¡Monsergas! Nada material, de su creación, puede ser mayor que Dios; ni siquiera el no tener.

—Pues lo es. Esa es la felicidad del hombre, el verdadero anarquismo: lo contrario a tener. ¿Puede usted decir lo mismo, señor duque de Alburquerque?

—Tengo en mí a Dios y he ganado la guerra.

El otro rompió a reír con dolor: ¿estaba seguro de haberla ganado?, los que le hicieron luchar no han traído de vuelta al rey. ¿Y qué más ocurría?, ¿tenía el señorito miedo a matarlo y volver a esta España sin guerra, con los fascistas y los requetés peleados? ¿A quién mataría después? ¿A quién bautizaría si ya no era santo ni cura? Lázaro se detuvo a tomar aire y continuó diciéndole al Castrado que tampoco lo querrían en su iglesia y, además, ¿qué tenía ya? Ni familia, ni oficio, ni ejército, ni ideas, cuando él, él lo había tenido todo en esa choza porque nada era suyo, y gracias al señorito y su venganza.

El hurgón se había enfriado en el suelo. Las llamas en el corazón de la chimenea no habían cesado, como raudos orgasmos azules se enredaban y desaparecían. El alférez dejó de apretar los puños y de respirar pausado. Al contemplar las palmas de sus manos encontró que, después de tres años de guerra, la sangre escarlata había vuelto a manar con las mismas gotas que un llanto.

La algarabía del hierro en el hueso y los gritos desaforados fueron una misma invocación a encarnar en un solo ser el dolor. Como el cáliz en la consagración, había elevado el atizador por encima de su cabeza y después lo había hecho descender hasta el cuello y el tórax del campesino. Cuando su fuerza no pudo progresar más, lo sacó de la carne desgarrada y lo volvió a hundir una y otra vez, todo cuanto pudo y entre enganchones, hasta que la sangre de Lázaro le chistó en la barba y los labios. Se pasó la lengua. El regusto de la muerte en quien Ramón María había enseñado a leer era tan agrio como en todos los otros que ya había matado.

El Castrado se apoyó en la pala para poder salir de la fosa. La hierba otoñal irradiaba unos bosquejos de calidez que la tumba y sus ropajes no tenían. Sus facciones, castigadas por la intemperie, se arrugaron al contemplar la parsimonia del sol por encima del valle. Las sombras de este sobre el aleteo de un bando de grullas irisaban el color de su plumaje. Mientras recuperaba el resuello, se retiró con la manga el sudor y dirigió sus ojos al suelo: algunas raíces asomaban del nicho recién cavado. A lo largo de casi una mañana, el alférez había logrado hendir en la tierra un rectángulo apenas mayor que la envergadura y longitud de un hombre. Al astil de la pala lo bañaba la sangre de sus manos. No chupó aquel dolor, pero sí el humor aguado que las ampollas supuraban. La piedra, el rocío y el desparpajo de la luz solsticial hacían fulgir a la pequeña cabaña de Lázaro junto a un bosque de rebollos. Al norte, los arroyos erraban hacia la llanura, las lomas se sucedían de este a oeste como las mamas de una loba, dispuestas a libar ese pequeño mundo con su inocencia.

Los pasos lo llevaron hasta la fuente, sin duda construida por su antiguo bracero, donde llenó la cantimplora. Tres años pensando en ti y en desollarte, los mismos que ha durado la guerra, quitando pañuelos y carnes de CNT sin que tú fueras ninguno, ninguno porque estabas aquí, sinvergüenza. ¿Y ahora qué, Ramón Mari? Ya no hay guerra ni Requeté, eres la victoria y los rojos cautivos, y no sé si el maldito Lázaro era tan importante, si Valentín o padre también. Claro que sí, ellos me lo enseñaron todo y la memoria que soy. ¡Cuántos voluntarios por Cristo o su corazón solo quieren ya la familia o la paz! Yo, que soy pecador en Dios, no puedo quererlas; no me



corresponden, ni siquiera aquí dentro la paz, si la Iglesia y mi valor no están a salvo. Lázaro, tienes razón: nada tengo, nada; una vez que matas así, ¿qué puede quedarte? Dolor. ¿Y qué hacer ahora? ¿Matar más?, ¿otra vez más? Lázaro, vuélvete a morir o a vivir para que te mate. Lo haré hasta hacerlo de nuevo. También te queda, Ramón Mari, cerrar para siempre los ojos, te queda morir como él ha hecho y que te reúnan con el Padre. ¿No ves que ya nunca serás santo?, ¿que no haces milagros, sino muertes?

La tierra recién exhumada se había secado. La pala sobre el montón dejó de tender su sombra, el astro rey había quedado a resguardo de una nube y aprovechado para desplegar también un escalofrío bajo su camisa. Dolorido por el esfuerzo, el alférez nacional se llegó hasta el escaño junto a la entrada. Las manchas de barro y los remiendos sostenían su uniforme. Pegó varios tragos a la cantimplora. Por la barba, áspera pero azafranada, el agua le resbaló bruñendo sus facciones. De la huerta con habas y algunas coles pasó a escrutar las crestas de aquella sierra fronteriza entre Andalucía y Castilla: la presencia humana no se adivinaba hasta las dehesas del horizonte septentrional, en el resto de su visión solo rebollos bronceos y abigarrados madroños que trepaban hasta los canchales, cerraban las gargantas y se abalanzaban sobre los caminos. Las pisadas de Lázaro habían abierto pequeñas veredas en el majadal alrededor de la choza, los pasos que hollaron su camino diario al río, a su labranza, a la fuente, a la piedra para vigilar el valle. Si sabías que algún día vendría a por ti, amigo, ¿por qué no peleaste? Que uno a uno fueron cayendo todos los que colgaron del árbol a padre, ¿y tú por qué

diablos no sacaste ni el cuchillo? Tú y tu hermano diestros los hermanos Guadalupe con él, pero nada, no hiciste nada para detenerme, solo perdiste aquí, y pasar mucha hambre, acabe conmigo ya, señorito, acabe conmigo. ¿Súplicas a mí?, si ya te maté en Seseña, en el Alfambra y creo que también en Girona, y nunca eras tú, nunca el del pañuelo rojo y negro. Ahora te he matado matándote de verdad, pero demasiado lejos de nuestra casa y de ser tu señor. Al niño orgulloso que eras hecho un príncipe de los pordioseros, igual de ladrón, igual de cochambroso pidiéndole al administrador pan con una hogaza ya bajo el brazo. Más pan, por favor, mi madre tiene hambre, y Guadalupe era la mejor alimentada de Los Cuarterones. No puedo, Ramón Mari, volver allí a encontrar tanta muerte.

Al apoyar la cabeza en la piedra, el frío deslizándose por su espina dorsal se multiplicó. No soportó más el Castrado la panorámica del valle y pasó al interior. En la barba, casi tan anaranjada como la de aquel abuelo que marchó a Navarra para luchar contra otra república, la arena de la tumba se le enredaba. Los rescoldos de la chimenea y la ventana obtusa empolvaban la cabaña de oscuridad. El cuerpo inmóvil de Lázaro descansaba sobre un camastro. Porque orgullo tenías en vez de miedo. Eso en la yugular que pinché por detrás y tus labios diciendo que me esperabas. ¿Por qué sin verme sabías que era yo, tu amo? ¿Porque grité a los cien aires que te mataría y alguno te lo contaría hacia aquí? Mi cuchillo y tú sin miedo. Ahora tenías el pecho lleno de orgullo por esta montaña y estar más solo que la una, casi eremita como san Onofre o san Millán. Sentado ahora a su lado sobre el colchón de heno, el carlista lo observaba: los dedos trenzados por él

mismo sobre el regazo, el rostro afeitado por su misma navaja revelando el blanco céreo de la muerte. El oficial cogió aire y volvió a pasar un peine por el cabello de aquel. Más bien me saludabas, hola, Ramón Mari, como cuando pasabas sin llamar a la biblioteca y preguntabas si hoy también podíamos leer. Claro, ¿dónde nos habíamos quedado? El hijo pródigo, señorito, el hijo pródigo, ya me enseñó lo que era eso. Usted lo es para don Valentín cada vez que vuelve de Sevilla. Y yo dejaba mi estudio, a san Agustín o santo Tomás, por ti y porque ya no solo leyeras, sino también, Lázaro, así tú podrías enseñarle al mentecato de tu hermano o a la furcia de Leonor, porque fue ella, más que Azaña o Largo Caballero, la que nos empezó todo. Tú solo debías segar y trillar, nunca leer, nunca jamás. Súbitamente, el militar retiró la mano al sentir el contacto frío de su mejilla. Eso te llevó adonde no debías, a apartarte de tus obligaciones y del Señor donde volverás; le he jurado que hoy por fin te reunirás con Él.

El requeté le anudó el último botón de la camisa raída pero limpia. Una sutura tosca cerraba la herida de atizador que había traído la muerte al líder anarquista. Ramón María había lavado todo su cuerpo con agua de la fuente y un trapo. El polvo y la sangre seca se habían ido con él, parte de las magulladuras también. Luego lo había vestido con las pocas prendas que en aquella choza y su propio petate pudo hallar. Ahora envolvía al miliciano con la manta y lo cargaba entre sus brazos, primero como si el Castrado fuera la Virgen Dolorosa y Lázaro su hijo de la cruz descendido, después echado sobre el hombro como un simple saco. Vámonos, amigo, vámonos, de la tierra fuiste tomado pues polvo eres, y al polvo

volverás, que allí ya no harás daño. Saluda a mi hermano Valentín; a pesar de todo, sé que él también te perdonará, era un hombre de verdad bueno. Dile que mañana saldré otra vez de cacería. Dile, me cago en todo, cuánto lo echo de menos. Una perdiz, una torcaz, y ahí estás tú, hermano. Perdona que este estúpido de Lázaro te matara, perdóname también a mí por Leonor. Es lo que hizo nuestro padre Jesús.

Del peso y el esfuerzo, los pasos del Castrado se hundían en el barro, un halo de vapor se desprendía de su boca, aunque no de la de Lázaro golpeándolo en su espalda. Él fue el primero en descender a la fosa cálida y recién cavada, luego hizo lo propio con el cautivo. Apoyado sobre la manta, la tierra y las lombrices no lo tocaban, tampoco la brisa pertinaz. El alférez le extendió los miembros a lo largo del nicho, ajustó los cordones de sus botas andrajosas. ¿Y qué haré yo ahora, Lázaro?, ¿qué haré yo? Dejé la Iglesia por defender a Cristo y ahora para volver el Padre no está conmigo, solo para darte descanso. La guerra no es un sacramento, el sacerdocio sí. Tenías razón. No puedo volver a mis votos, he vertido sangre demasiada y pecado casi sin pensar, y ya, Ramón Mari, solo sé hacer eso: gritar en la trinchera, disparar. Si pudiera seguir así, si hubiera más Lázaros... Los hay, pero ya se acabó la Cruzada y esta tierra dicen es otra vez santa y de sacerdotes necesitada, no de cruzados. Con ambas manos le tomaba la cabeza al muerto mientras hablaba. En las vestiduras del ácrata no se había depositado un grano de arena ni una brizna de hierba; pese a eso, el oficial legitimista volvió a pasar la mano por su camisa. Respiró hondo y se retiró el rosario del cuello para colocárselo al muerto entre los dedos como si fuera la Virgen

de la Macarena. Te estoy abriendo el cielo, Lázaro, te lo estoy abriendo, pero yo me quedo aquí solo, solo sin saber volver ni lo que hacer puedo sin guerra ni rey. Allí en casa están los muertos y la santidad que madre me decía y no he alcanzado, si acaso llevando a mis hombres a tomar Barcelona. Aquí, en la cabaña de Lázaro, lo que él dice. ¿Puede ser también mi verdad? Santo, santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están cielo y tierra de tu gloria. ¿Puedo quedarme aquí en esta gloria tuya? ¿Puedo quedarme yo también a no tener nada? Si no tienes nada, Ramón María, desposéte de esa nada; haz caso a Lázaro. No vuelvas donde no te entienden. Esconde de ti el fusil, solo reza y contempla.

Juntó entonces los pliegues de la manta sobre el cuerpo y el rostro inertes, y salió de la fosa. Bajo la boina en el bolsillo encontró un libro, una Biblia. Con la diestra la tomó y se aclaró la garganta como si volviera a hacerlo en la capilla del Mariscal de la catedral sevillana. Sin embargo, no había nadie, únicamente otro bando de grullas jugando con la sombra y el sol. Tan solo consiguió un hilo de voz para entonar del Libro de la Sabiduría que la vida de los justos está en manos de Dios y no les tocará tormento alguno. A los ojos de los insensatos pareció que habían muerto, su salida de este mundo fue tenida por desdicha, y por ruina su partida de entre nosotros. Pero ellos están en paz.

Cerradas las Escrituras y la breve oración, observó la forma humana desdibujada bajo las arrugas de la manta. La tarde descendente invitaba ya a toda la creación a coger el color otoñal de los robles. La primera palada de tierra apenas cambió aquella configuración, tampoco la segunda ni la

tercera, pero poco a poco el nuevo esfuerzo por restituir el nicho fue dejando al miliciano bajo el barro, las piedras y sus propias pisadas. Cuando el montón estuvo completado, el antiguo diácono clavó una cruz formada por dos palos unidos por un único clavo. Caminó mirándose las manos y tomó asiento en el escaño de Lázaro a contemplar el atardecer prematuro.